

## Filosofía de la poesía

ADOLFO MUÑOZ ALONSO  
Universidad de Murcia

Poesía es la palabra. Fundación por la palabra y en la palabra, dice Heidegger. La palabra que, emitida, vuela y, cubriéndose de aire y de lumbre, se encubre a quien la lanza, en grato recuerdo horaciano. Poesía es la palabra, en la que descansa lo eterno para permanecer. en la que huye lo caduco para seguir siendo caduco, que es su oportuna eternidad, y en la que ensaya el hombre la fidelidad con el hombre y con las cosas que, sin ser humanas, del hombre participan por el lenguaje.

Fray Luis de León lo entiende así: "Poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino". "No es sino..."; todo lo que por poesía nos tienta el mundo de los versos hay que abandonarlo. No es tampoco eso y algo más. Fray Luis ha repasado y reposado en las cosas y en su meditación. Él mismo estima que sus poesías se le han caído como de entre las manos. Y, sin embargo, poesía no es sino una comunicación del aliento celestial y divino. Comunicación; en su virtud se adquiere lo que el donante ofrece. Y la comunicación será tan honda o tan vacía como lo exija la gracia de lo que se comunica, la perfección del que otorga y la naturaleza del que la recibe. Comunicación del aliento celestial. La poesía, pues, participa, por comunicación, del aliento. Lo más íntimo, lo más cálido, lo más entrañable. El aliento nuestro es con el que vivimos la vida del amor, de las ansias. del silencio ruidoso de la vida. Pensad ¡qué será el aliento celestial y divino! De mí sé deciros que me anonada y sobrecoge pensar en la honda repercusión de este vocablo en Dios: su aliento. Porque mucho es su palabra creadora y reveladora, salvadora y vivificante; pero más, divinamente más hermoso y gozoso, es lo que aliento de Dios puede significar. El aliento es el alimento. La palabra divina, lo más excelso en Dios, y lo divino —si cabe hablar así— más nuestro, se pronuncia

porque el aliento lo suspira y respira. Nos viene esta voz —el aliento de Dios— como el coloquio íntimo que invade silencioso la divinidad, la pervade de gozo y la ensimisma en una vida de misterio y santuario. Aliento en Dios es su voz, sin angustias de sílabas y fonemas; su luz, sin quiebros de sombras; su vivir, sin desmayo de sueños; su amor, sin cansancio de desgana. El aliento celestial y divino es la vida divina en lo que es y se adivina con estos pobres ojos nuestros.

Ese aliento, que es para nosotros como el perfume de Dios en su vida, se comunica al hombre. Y si el hombre lo inspira, y con él siente y habla, goza y respira, ese hombre es poeta. Dios es poeta —porque el aliento en Él es su encanto— y son poetas los hombres al hablar con Dios, con su aliento divino comunicado. Dios y poeta, en comunicación de aliento. La creación, obra reservada a Dios, por ser Dios, en la que nadie participa creando, es sólo accesible al poeta. *Non merita nome di creatore* —decía Tasso— *se non Iddio e il Poeta*. El vocablo nació ya alentado en su maternidad etimológica por esta fabricación a lo divino, en la que nada intervenía; con ser de gusto y regusto helénico el mármol pentélico, la toba porosa o cualquier rumor que aleje la medrosidad del vacío absoluto.

Poesía es, pues, la comunicación del aliento celestial y divino. Pero sólo es poeta el hombre que habla “el mismo espíritu que lo despierta y levanta a ver lo que los otros hombres no ven, le ordena y compone y como metrifica en la boca sus palabras con número y consonancia definida para que hable con más subida manera que las otras gentes hablan, y para que el estilo del decir se asemeje al sentir, y las palabras y las cosas sean conformes”.

El poeta habla y en su palabra se entraña el aliento de Dios. Su aliento en la palabra es poesía. Es de tal condición el lenguaje del poeta, que no hay exageración al decir que aliento y lenguaje son sinónimos. El poeta recibe el aliento de Dios y lo habla. Y cabalmente cuando lo espira es poeta y triunfa la poesía. Si el hombre siente y vive el aliento de Dios y no lo habla, no es poeta, aunque sea un místico. Son regiones distintas, como lo son la vida del hombre y su excelcitud como poeta. Y si la santidad no excluye errores de juicio, la poesía no ahuyenta horas de irreflexión. Homero, poeta, en su vagar, borracho; Virgilio, poeta, en su conversar, adulador; Horacio, poeta, en su guerrear, cobarde; Dante, poeta, en su vivir, conspirador.

El poeta se acaba en su expresión, en la arquitectura de su len-

guaje alentado. Por eso el poeta no es un compositor de poesías. La poesía es el aliento de Dios hecho lenguaje al contacto con las cosas a las que quiere trocar también, por arte de magia, en su propio lenguaje. Quiere que todo sea voz. El poeta es, por definición, un enajenado para el vulgo. Y en verdad, el poeta cede su aliento al comunicársele el celestial y divino.

Si al insuflársele el aliento celestial no desmaya en el suyo y con los dos respira y habla temeroso de perderse sin las cosas, su poema es un grifo, o un monstruo en arpegios, colores y estruendos, pero no poesía. Se enajena en su lenguaje el poeta y enajena a las cosas en el lenguaje y las envive de nuevo. Alienta un espíritu superior por su boca y las cosas se entregan a la comprensión de este aliento en su auténtica desnudez y pureza, en su perfecta realidad, que es su idealidad. El poeta identifica poesía y verdad, idealidad y realidad, sueño y razón; y el encanto de las cosas es su encantamiento. Ahora comprendemos porqué Fray Luis no se tiene por poeta, con serlo y sublime. Él mismo no se percata del encantamiento de su vida del campo, de la transfiguración de la música de Salinas en su espíritu, de su Ascensión del Señor, en cuyo lenguaje se respira el aire que orea el huerto como la más devota compañía, la armonía sosteniendo el mundo en la más divina arquitectura y la pena afligidora y afligida en el más tremendo olvido de otra presencia augusta, en los días en que silenciarlo era, sobre pecado, asomo de herejía. Y entendemos también a Cervantes como poeta que renuncia a serlo al releer sus versos y no adivina que el aliento celestial y divino se ha encarnado en forma humana, que habla con sola su figura.

El poeta ve lo que los otros no ven, y las cosas hacen presente al poeta lo que es escondido para los demás. El poeta es un creador de realidades y develador de idealidades. Ve en lo existente lo que para otros es muerto, y crea mundos donde no hay lugar para realidades. Y el poeta que lo es anhela el triunfo acorde con su descubrimiento: prefiere la mirada plácida de Melpómene a pasear triunfante en la carroza de Acaya.

No es que el poeta vista al mundo con tules fantásticos y enjoe las cosas que se le ofrecen con loores y hermosuras. El poeta ve lo que otros no ven, pero que está allí. Lo que acontece es que se precisa el aliento celestial y divino para descubrir lo que el mundo tiene de verdad y las cosas de peso y armonía. Lo diré de otra forma: sin poe-

sía el mundo nos sería ignorado, sería el dios desconocido aunque triunfal al que se rinde culto sin descubrir su teogonía ni aceptar plenamente su imperio. El poeta ve en el mundo lo que el mundo esconde a punto de aparición y de gozo para el presentimiento de muchos. El alma del poeta siempre tiene la rama preparada para la rosa justa, como dirá Juan Ramón. El poeta es un divino traductor de obras inéditas que brinda a sus semejantes. Quien se figura que el tomo y lomo de las cosas en su dejarse coger con las manos y con los ojos somnolientos de las veladas prosaicas o de las abstracciones lógicas es su verdad, no entenderá nunca el poder taumatúrgico del lenguaje en la poesía. Hegel adivinó este poder y lo defendió con expresiones encendidas.

Lo que el poeta dice, si poeta, sólo se puede decir como se dice. Ni siquiera como lo diría mañana.

Porque el aliento es poesía, no hay poesía de lo inerte. La poesía, como el Mefistófeles de Goethe, no se encuentra a gusto con cadáveres. El aliento, al vivir en el lenguaje, nace con medida conveniente.

Cuando no se ha esquirolado al lenguaje para que lleve en su vuelo, como en aire de amoroso abrazo, el sentir del que canta, el propio lenguaje se erige en potro salvaje que tuerce el giro y se burla del sentir imprimiéndole su trote y sus respingos traicioneros. Muchos místicos y almas pías no han podido librarse de este denuesto.

El sentir y el estilo del decir se han de asemejar en tal grado, pulcritud y perfección, que no pueda discernirse si es el sentir el dueño del lenguaje o el lenguaje el que atesora en su caudal el sentir. Por eso la poesía erudita no es poesía, porque la erudición en la expresión adultera el sentir, siquiera sea necesaria la erudición al poeta para gozar de saberes antiguos y modernos. Y nada falta ni sobra una tilde en la poesía porque al lenguaje, del que se adueña la poesía para serlo, cualquier aire le ofende y cualquier mirada le turba si no es la que emana de su propia intimidad entrañable. Por el sentir canonizamos al poeta y por el estilo de expresar su sentir consagramos la poesía. En poesía, pues, realiza el lenguaje su perfección, henchido de sentimiento. Por eso, el lenguaje de Dios es siempre poesía, en tal grado, que su lenguaje es la verdad de su sentir expresado y la obra de su sentir realizado, estructurado. Como es propio que acontezca a Dios. Y por no extraviarme en el tema no aventuro palabras sobre la maravilla del cosmos cabalmente por ser la palabra de Dios que se hace estrella, cántico, alas o rumores angélicos; porque la palabra de

Dios, por palabra, es Dios mismo y por expresada es ya la creación entera en orden y magnificencia sublime.

La poesía conforma las cosas a las palabras y éstas a las cosas; hace que las palabras y las cosas sean conformes.

Por la poesía las cosas se conforman con el lenguaje. Adquieren su gracia y compostura, su aire y sentido. Pierden las cualidades que a los ojos tienen, la cantidad que ofende al tacto y se poetizan; se tornan ellas mismas poesía, lenguaje. El lenguaje funda con ellas y sobre ellas un mundo inédito que sólo el poeta siente y confiesa. El ser de las cosas no es el que tienen en la ciencia de los físicos o en la logia de los metafísicos, sino el que aparece en el lenguaje poético que las expresa. El gran poeta de la Grecia moderna, Kostis Palamas, lo ha intuído certero: "el Estudio —como la Ciencia— es un hada enferma que tiene abiertos los grandes ojos y tullidos los pies". "Cuando falta el soplo divino de las canciones me siento aplastado contra la fría piedra del silencio". En esto, y en tanto, Grecia es un símbolo. "De todos los pueblos —pudo plagiar Goethe— fueron los griegos los que mejor soñaron el sueño de la vida" en la cuna del lenguaje.

La poesía que dejara entre las mallas del lenguaje el polvo de la existencia banal de las cosas que canta se destruiría a sí misma por lo que tiene de falsedad real. Los varones sesudos que hablan de poesía con ligereza olvidan la sentencia de Aristóteles recogida por Averroes: la poesía es más verdadera que la misma historia; o traducida al sentido más auténtico: más grave y filosófica profesión es la de la poesía que la de la historia. La poesía se funda en sí misma, en su propia expresión; obra sobre las cosas que pierden su entidad prosaica y ganan la poética en la taumaturgia del lenguaje, conformándose, y adecuando forma a forma. Si las imágenes son la carne de la poesía y las palabras su sangre, como quiere d'Ors, será a condición de que viva en la palabra la imagen, en la sangre la carne. La poesía no es traducible ni al lenguaje de la prosa. No ganan las cosas un nuevo ser como materia con el feliz advenimiento de una forma nueva. Se les reconoce su entidad a las cosas —entidad prosaica— para gozarnos en que la pierdan y descubran su ser, amanecido en la luz del lenguaje. El tiempo es el dominio del poeta, declara Lessing; pero no para vivir de él ni para ser llevado por él como en volandas. El tiempo, no en problemática filosófica, que tiene mucho que ver con el frío tiempo patológico del esquizofrénico, como nos recordaba Alber-

ca. sino el tiempo en su amabilidad de permitirnos la vida temporal y el hablar de eternidades.

Con ser lenguaje la poesía, es todo lo contrario que un juego de palabras. El juego no conforma, divierte. Y cabalmente el lenguaje de la poesía nos convierte a las cosas, no nos divierte de ellas. Los que desestiman la poesía por baladí, como palabra que es, la entonan el más sublime elogio —la palabra como conformación de la realidad que expresa—. Y esto aún desechando por impertinente el crédito que nos otorga Luzán confiando a la poesía el velo de altísimas verdades especulativas heredadas de los sacerdotes egipcios y caldeos.

La aspiración suprema del hombre sobre la tierra es ser poeta y, si no lo alcanza, el ser capaz de sentir la poesía. Lo más excelso de una facultad libre, decía Kant de la poesía.

Ya se comprende porqué el poeta nace, no se hace. Es un don sublime. El más gracioso. El filósofo recrea, el santo vive, el místico abraza, el teólogo escucha; pero el poeta habla el lenguaje divino de las cosas. No se me diga que sobre la santidad no cuenta nada en la tierra, que bien lo sé y bien añoramos su posesión. Pero quien tal mohín traiga en esta ocasión está incapacitado para escuchar la lección sobre la poesía y tal vez la de la santidad. Hablamos de existencias teoréticas, no de actitudes vitales. Ensalzamos la visión poética en la expresión inspirada, no la acomodación de la inteligencia y del corazón al canon de los preceptos evangélicos o de los trajines políticos. Cuando un hombre dedica su vida a un logro práctico, la poesía pierde sentido a sus ojos. Sócrates, en el tumulto de la ciudad, abandona a la poesía a la manera que los que amaron a alguna persona cuando ven su amor inútil dejan de amarla, pero con profundo dolor. La poesía obra con el lenguaje el prodigio de un mundo nuevo, que es el más anciano y vivo de los mundos: el de la virginidad genesiaca de las cosas a las que el vaho de la prosa de cada día arisca y enrisca. Nosotros vivimos envueltos en esa neblina de confusión con las cosas, y el poeta —cuando Dios nos lo depara— desfigura ese mundo viejo que creemos el nuestro y nos ofrece el auténtico que se nos antojaba soñado. Al taumaturgo le tenemos por insano, pero su lenguaje y su valor profético triunfarán sobre la prosa de nuestro vivir en las tinieblas de lo que creemos más vivo por tenerlo más asido, pero que en verdad es lo pintado.

Sólo los poetas edifican conservando con su nueva luz la perdida

forma de las cosas. Podríamos decir que el grado de perfección y cultura de una sociedad está en su altura de comprensión poética y de añoranza por lograr ese lenguaje que vale más que toda la prosa que nos empobrece en sombras. Si hay enemigo adverso a la poesía es el mundo de la prosa servido en rima, ritmo y colorido. El mundo arde en la poesía despertando el sentido dormido de su existencia, que es labor harto dispar de la tarea metafísica, de la que no supo separarla León Hebreo. Un poeta por siglo salvaría al mundo de la incompreensión de sus contemporáneos.

El poeta no sabe a punto fijo de dónde le nace su voz, si de sí mismo, de las cosas, de su corazón o de Dios; y en las mismas pausas a que obliga el desfallecimiento de la inspiración siente —si es poeta— el estremecimiento de señas lejanas de cosas cercanas en el silencio de las sombras —corporeidad para los mortales— expresadas en el lenguaje inefable de la poesía. Por eso el poeta no confía nunca en que sea poesía lo que le brindan las cosas, temeroso de su apego, y quiere desfigurarlas hasta estar seguro de su conformación al lenguaje que las expresa y al aliento que las informa, elevándolas de ser a su rango perdido. Poesía es lo que resta después de haber quitado a la poesía sus impurezas, como dirá de la poesía pura —de la poesía— monsieur de la Palisse.

El poeta no transforma lo que toca o canta, sino que lo acerca a su original frescor y temblor. El poeta ve en las cosas lo que los ángeles ven en ellas, si se entiende con piedad la frase.

Debemos ser parcos en exigir responsabilidad judicial al poeta o exorcizar sus palabras. En poesía no hay herejía. No desquiciemos lo que no comprendemos. La poesía, como la Amada, es un secreto de intimidad desnuda, y no, como quería el genial Unamuno, “un mundo de pura heterodoxia o de pura herejía”. Cuando el poeta en éxtasis de inspiración canta y encanta a las cosas, no habla con voluntad teológica o metafísica. Más diré: en sus quiebros brilla a las veces un gozo de amor y seguridad que ya quisieran para sí muchas afirmaciones hipócritas de filósofos de escuela.

*Anoche soñé que veía  
a Dios y que a Dios hablaba;  
y soñé que Dios me oía . . .  
Después soñé que soñaba,*

---

canta Antonio Machado. La reducción filosófica de la cuarteta es maravillosamente ortodoxa para un lógico despierto. La conversión amorosa al reino de la poesía es el triste quejido místico y poético de que Dios se la ha ido. Pero advertid la justeza de intuición y lenguaje: A Dios veía, a Dios hablaba, Dios me oía: es después, ese temible *después* de la poesía, el *ahora* desolado de la prosa, cuando sueña que soñaba. En la noche llena de luz que seguirá al día vacío en sombras que nos entenebrece, nuestra vida será —para gozo nuestro— poesía. Poesía como sinónimo de Sabiduría, cuando ya el filosofar sea recuerdo y nostalgia de la mortalidad ganada para Dios en el reino de lo imperecedero.